

ANDRÉS SPINOVA

HABÍA UNA
MALDITA
VEZ

CUENTOS PARA DUERMEVELAS

© 1988 – © 1995

Primera edición: diciembre de 2012

Fotos portada: "Black Raven 1, 2, 4 y 5" © 2008 Lena Pautina / SXC

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

©2012 Andrés Spinova

ISBN: 978-958-46-2789-6

Todos los derechos reservados.

Impreso por Imaxica Entertainment Group a través de www.autoreseditores.com

Bogotá – Colombia

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	7
EL MAL QUE FUE Y SIGUE SIENDO.....	9
POR ÚLTIMA VEZ.....	33
SU ADMIRADOR SECRETO.....	49
EL LADO SALVAJE.....	55
LAS NUEVE ILUSIONES Y LA TEMIBLE TEMPESTAD.....	63
EL HOMBRE DE LOS CUERVOS.....	77
FANTASMAGORÍA.....	93
AZUL OSCURO, CASI NEGRO.....	99
DETRÁS DE LO OCULTO.....	111
ABIGAIL.....	115
LA PUERTA.....	121
CADA VEZ QUE ME MUERO.....	123
LAS NOCHES DE TINTA.....	125
NOTAS.....	169

INTRODUCCIÓN

Donde no hay imaginación, no hay terror.

SIR ARTHUR CONAN DOYLE

Aquellos que se saboreen con las historias de terror y suspenso, encontrarán aquí un plato fuerte para darle de comer a sus miedos. Aunque siempre se piense que lo salvaje y lo sangriento son las vedettes en esta clase de relatos, la literatura de terror causa una impresión más duradera en el público que los horrores de la vida real. Por eso (y no se digan mentiras) le abre el apetito a muchas personas. ¿Por qué? Muy simple: porque el terror forma parte de la naturaleza humana, es crudo, real y sincero; y como una garrapata, se engancha sin ser condescendiente.

Había una maldita vez en que escribí estos cuentos (trece, para que se vayan haciendo una idea) en la vieja máquina de escribir que había en la casa de mis padres. Me picó el bicho y me contagié la fiebre de la escritura después de leer a los grandes maestros del género como Stephen King (sin duda, mi mayor influencia), Clive Barker, Peter Straub, Ramsey Campbell, Poe, Lovecraft y muchos otros. Empecé a los trece años (otra vez el malvado numerito) hasta más o menos los veinte, así que, por favor, no se escandalicen si ven que la mente del niño va perdiendo ese olor a talco de bebé y se va volviendo retorcida como un tirabuzón.

AS

EL MAL QUE FUE Y SIGUE SIENDO

Resistid al diablo y huirá de vosotros.

Santiago 4.7

¡Comenzaron los gritos!
Algo inhumano había llegado a Tarker's Mill. Algo
tan invisible como la luna oculta, como la tormenta
que debía cabalgar por el cielo,
muy alta por encima de nosotros.

STEPHEN KING, *El Ciclo del Hombre Lobo*

¡Lobo! ¡Lobo! ¡Aquí y ahora!

PETER STRAUB, *El Talismán*

Extracto del diario de un sobreviviente anónimo.

20 de octubre, 1942

«Aquí en Greeley he visto cosas que tal vez ninguna mente cuerda puede siquiera entender. En un pueblo pequeño como éste, todo se olvida y se barre bajo la alfombra. Pero éste es un mal recuerdo que vuelve una y otra vez para atormentarnos. ¡Dios mío! Ha pasado tanto tiempo desde la última destrucción, pero parece que hubiera sucedido ayer.»

Por ahí rondaban las ratas, bullendo en el paisaje vaporoso del pantano y royendo la basura acumulada entre los tupidos carrizos. Los caballitos del diablo planeaban sobre los nenúfares buscando larvas y a lo lejos se escuchaba el traquetear del viejo tren que cargaba sal. La temperatura descendía hasta los números negativos, la niebla se adueñaba del terreno y los truenos le daban una bienvenida anticipada a una lluvia que aún no era esperada en esa época del año.

Unas pisadas sobre las ramas secas delataron la presencia de alguien y las ratas huyeron en busca de un escondite. El pasmado silencio que había, fue interrumpido por las primeras gotas, pesadas y expeditas que

encauzaron en un aguacero. El viejo Ezra se apresuró para llegar hasta su cabaña a través del camino anegado. Casi no podía correr, el cieno le cubría los pantalones y sus rodillas no articulaban bien los movimientos bajo la tela empapada. El agua le golpeaba con fuerza el rostro y no le dejaba ver. Tenía los pies mojados y su cuerpo tiritaba como el de un naufrago. No veía con claridad, pero calculaba estar cerca. La ansiedad lo hizo llegar más rápido. Subió las escalinatas clavadas en el tronco del sauce y se introdujo en la casa-árbol. Cerró la portilla y encendió la vieja lámpara de gasolina. La luz dejaba ver su figura enlodada, parecía un monstruo salido del pantano de las viejas películas de serie B. Se quitó la ropa y la tiró en un rincón. Miró por la ventana y el cielo negro le respondió con un rugido. Se acostó sobre el colchón amarillento y apollillado tirado en el piso, y casi de inmediato, cayó dormido. Era normal, llevaba sobre cuestras sesenta y dos años y aunque era fornido y trabajaba casi todo el día cargando cajones de frutas y víveres en la plaza, el cansancio lograba hacerle mella. Sus párpados comenzaron a cerrarse y su mente a desconectarse del mundo. Mientras el volumen de la realidad disminuía, se frotó los pies uno contra el otro. Carraspeó y escupió en una lata de conservas condenada para tal fin. Cruzó las manos sobre el pecho y acomodó la columna y los hombros para dormir. La casa-árbol se sumergió en un mutismo que sólo le permitía al viento silbar entre las uniones de las tablas. Sin embargo, un poderoso trueno lo despertó. Ezra se levantó y miró nuevamente por la ventana, pero sólo pudo ver la lluvia imperecedera que golpeaba sobre el vidrio quebrado y grasoso. La portilla comenzó a sacudirse violentamente, a punto de salirse de sus bisagras herrumbrosas. Ezra inclinó una silla contra ésta para trancarla y evitar que el viento finalmente la tumbara. Era un hombre prevenido. Retrocedió esperando que el viento venciera su ingenio, pero no fue así. Por la ventana sólo veía el torrencial y comprendió que llovería toda la noche, así que apagó la lámpara y se acostó otra vez.

El bufar del viento y los asiduos truenos no lo dejaban dormir. Ezra escondió la cabeza debajo de la almohada, procurando apaciguar los ruidos procedentes de afuera. Se acostó boca abajo, luego boca arriba, pero no pudo conciliar el sueño. Las fulgurantes luces blancas del cielo iluminaban buena parte de la cabaña. Decidió quedarse quieto, con la mirada fija en la claraboya. Esa concentración le permitió distinguir algo más entre los gruñidos del cielo: un aullido. Que recordara, nunca habían existido lobos en esa área. Los cazadores furtivos casi los habían

extinguido, pero la tormenta podría haberlos obligado a buscar refugio en las cuevas del bosque. Ezra se frotó los ojos con los dedos y se dejó caer nuevamente en el colchón. La lluvia lo arrullaba como un bebé, hasta que escuchó otro aullido mucho más cerca de lo que le hubiera gustado a su vejiga. Se levantó con el miedo evaporándosele con cada paso, la garganta se le secó y sintió un sabor amargo en la boca. Carraspeó y escupió otra vez en la lata. Tomó un largo trago de agua de una jarra mientras repasaba su temor. Le aterraban los lobos, era un miedo que lo abrazaba desde niño. Era culpa de su hermano mayor que siempre lo atormentó con historias de hombres lobo que salían en las noches de luna llena a devorar gente. Pero esa noche no había luna llena, ni siquiera se veía en cuál fase estaba. El cielo estaba enfundado en nubes oscuras que escurrían agua como esponjas. De cierta manera, eso era un placebo para el miedo. Miró la portilla con recelo mientras se acostaba nuevamente, sin poder deshacerse de la recalcitrante aprensión dentro de su cuerpo ni del sudor frío en la frente. Minutos más tarde, la lluvia pareció mermar, al menos los truenos. Eso lo tranquilizaba, incluso le hizo olvidarse de los aullidos. Se arropó hasta el cuello y giró el cuerpo para no ver la portilla. Cerró los ojos, pero de inmediato los abrió al sentir un rasguñar en el tronco del ciprés. Su primera hipótesis fue un oso tratando de conseguir comida. Se levantó y sin desearlo fue hasta la portilla. Dudó en abrirla, pero la mano temblorosa hizo la maniobra lentamente. La ráfaga de frío lo recibió de manera insospechada y el agua abofeteó su rostro. Observó hacia abajo: el bosque oscuro era un mundo negro de pesadilla con miedos innumbrables reptando entre las sombras. Se arrodilló para ver la escalinata pero no vio nada. Se irguió y se limpió el agua de la cara con el antebrazo y cuando lo retiró nunca más vio la espesura de Old Green. Sólo vio, con espanto, cómo unas filosas garras se deslizaban sobre su cuello, desgarrándolo por completo. En una mueca de horror, Ezra contempló sus manos rojas y la sangre que salía a borbotones. Trató de gritar, pero no tenía voz. Era siniestro, pero seguía con vida. Por un segundo, tuvo la sensación de ver a su agresor, pero sólo era una mancha borrosa y hedionda que le resopló en la mejilla antes del empujarlo hacia el oscuro vacío.

Muy temprano comenzó a clarear el alba y el comisario Hamson y el alguacil Kirby, hicieron el levantamiento del cadáver. Lo trasladaron a la pequeña funeraria de Greeley, que hasta ese día, sólo había recibido ancianos, ataques al corazón y uno que otro cáncer. Al llegar a la plaza,

el gentío se quedaba mudo. Los habitantes se acercaban como hormigas ante azúcar derramada. Contraían sus caras al punto de la náusea, unos palidecían y se balanceaban sobre sus pies, otros se mordían los labios cobardemente al ver la horrorosa escena y susurraban entre sí con miradas solapadas. El comisario subió a una tarima improvisada y confirmó el deceso del viejo Ezra e invitó a los que quisieran ir al funeral concedido por la iglesia. El cementerio estaba al lado opuesto del bosque y las exequias se celebraron al calor de las antorchas. La ceremonia transcurrió normalmente hasta que el reverendo Keller esparció el agua bendita sobre el ataúd. Fue entonces que se escuchó un escabroso aullido en el interior de Old Green que penetró en los oídos de la gente. El comisario implementó un operativo, envió a sus hombres para investigar el origen del aullido y ordenó a los habitantes marcharse a sus casas por precaución. Media hora después que los hombres partieron, se escucharon gritos y ráfagas aleatorias de disparos. De los quince alguaciles, solamente regresaron ocho y dos no sobrevivieron más de una hora, estaban mortalmente heridos. Uno de los que corrió con suerte, le relató detalladamente al comisario lo que había sucedido. A pesar de lo irracional de la historia, Hamson no lo dudó y armó nuevamente una pequeña patrulla con los pocos oficiales que quedaban y otros valientes voluntarios para recuperar los cuerpos de los siete sacrificados. Al llegar, la avanzada se encontró con una carnicería desquiciada, lo único que había eran despojos, ningún cuerpo estaba completo. Era un cuadro insano. Pero en el pueblo las cosas no eran mejores, por el radio fue informado de otra mala noticia: a los dos heridos del puesto de emergencia médica, los habían mutilado misteriosamente, sacándoles el corazón. Los espeluznantes aullidos se siguieron escuchando todas las noches en Old Green y aunque el comisario lo declaró zona de alto riesgo para los pobladores, era el miedo el que ponía el límite.

Más cadáveres mutilados comenzaron a aparecer al cabo de una semana en el centro de la plaza, eran habitantes de Greeley y de otros pueblos cercanos. Nadie entendía qué era lo que pasaba, pero la explicación era la historia detrás de la historia. Cuando todos se marcharon del funeral de Ezra, Otto Schultz, el dueño de la tienda de víveres, se quedó solo junto al ataúd. Habló largo tiempo con su difunto empleado sobre aquellas cosas que deben decirse en vida y que el remordimiento sólo obliga a decir las al final. Al terminar su compunción, tomó una rosa y la puso entre las manos de Ezra. El viejo abrió los ojos, rojos como

una brasa y se arrojó sobre él, agarrándolo por el cuello para estrangularlo. Los pies de Otto se despegaron del piso mientras veía, incrédulo, cómo un muerto le arrebatava la vida. Ezra salió del ataúd y metió el cuerpo de su jefe adentro para sucederlo. La ausencia de Otto no fue notable, todo el mundo pensó que se había ido de vacaciones, pero pronto los habitantes de Greeley no tardaron en notar otra cosa: una sombra que cruzaba por la plaza a altas horas de la noche. No le dieron mayor importancia porque la relacionaron con algún borracho amanecido. Pero esa sombra era el viejo Ezra que había vuelto del otro lado a cobrar vidas. Una noche, luego de abandonar un cuerpo, John y Linda Bossman, lo siguieron sospechando de quién se trataba. Old Green estaba más oscuro que de costumbre y la llovizna hacía de esa noche una ocasión perfecta para quedarse en casa, pero ellos prefirieron tentar al peligro. Ezra, consciente de que lo seguían, los hizo caminar en círculos para desorientarlos. Cuando John se detuvo para ajustar los cordones de sus zapatos, se escabulló por detrás de un arbusto para atacarlos por la espalda. Como si obedecieran una orden, los animales y los insectos enmudecieron. Linda sintió un olor fétido y una espesa barba que le picaba el cuello y comenzó a gritar. John se puso de pie y vio cómo Ezra degollaba a su hermana. Al verla cubierta de sangre, trató de huir. Alcanzó a correr unos metros pero la raíz de un árbol lo hizo irse de bruces contra el suelo. Ezra aprovechó la desventaja de su presa y se abalanzó para degollarlo también.

La trágica noticia del asesinato de los Bossman no demoró en conocerse en Greeley. Sus familiares exigieron justicia en medio de un mar de lágrimas sin consuelo. Ezra, trepado en un árbol, escuchó el plan de Hamson y Kirby: iban a pedir refuerzos de alguaciles para patrullar todo el bosque. El viejo se escabulló en la hondura de Old Green. Al borde del pantano, una incandescente luz proveniente de una fogata dentro de un círculo de cráneos se destacaba entre la maleza. A través del humo y las candentes llamas asomó un terrorífico ser. Ezra le hizo una venia respetuosa. Aquel ser tenía un aspecto monstruoso, unguilado, desfigurado, como si lo hubiera abortado el mismísimo infierno. Se asemejaba a un lobo del torso a la cabeza y a un hombre en la parte de abajo. Caminaba en dos patas, sus garras gigantes y largos colmillos estaban cubiertos de sangre seca y sus ojos amarillos, grandes y saltones, brillaban de una manera pérfida. El pelambre áspero y sucio de color café y negro hedía como carroña. Sin voltear a mirarlo le preguntó:

—¿A qué ha venido?

—A advertirle —respondió Ezra con su voz ronca.

El extraño ser se dio vuelta y lo miró fijamente, soltó una carcajada desquiciada que encontró eco en todo Old Green. Luego lo increpó.

—Inepto. Yo lo veo y lo escucho todo. Más alguaciles no podrán contra mí. Fuera de mi presencia.

Ezra tragó saliva, bajó la cabeza y se retiró con obediencia.

Dos lunas más tarde, Ezra sacó los cuerpos de los Bossman del cementerio y se los llevó a su líder. El maléfico ser efectuó un ritual de magia negra para revivir a John y a Linda. Ambos jóvenes llevados por la hipnosis intentaron preguntar al mismo tiempo:

—¿Quién... ?

El ser se apresuró a responder.

—Soy Lucifer encarnado en Nergal, señor de los muertos. Tengo un cometido para ustedes —reveló mientras les imponía un pentagrama en la frente, grabándolo con una uña.

Se alejaron en trance a cumplir la orden, escoltados por una jauría de criaturas colmilludas recién exhumadas: los hijos bastardos de Nergal. Al llegar a Greeley, atacaron sin piedad. Los gritos de los que morían o intentaban huir en medio del pánico, alertaron a Hamson y a sus nuevos hombres quienes intentaron ayudar, pero fueron emboscados por las bestias. Aquellos engendros se alimentaron hasta la saciedad de su carne mutilada. Hamson y algunos alguaciles malheridos, lograron contener la asonada pero sabían que una nueva arremetida de las criaturas estaba por suceder. Nergal no se hizo esperar. A la media noche su hueste atacó, pero sin éxito. Hamson había aconsejado colocar crucifijos en las puertas de las casas y las criaturas nunca pudieron entrar. En su incontrollable embestida, una de éstas tumbó una lámpara de aceite de la puerta de una casa y se quemó. Después de arder, su cuerpo se tornó de inmediato en la persona que había sido en vida. Esa fue la salvación de Greeley. Así fue detenida la legión de criaturas. Las que lograron huir se refugiaron con su padre. Al ver su prole disminuida, la violenta ira de Nergal desembocó en un grito que alteró todo el bosque, advirtiendo una venganza fría, dulce y feroz.

Algunos de los sobrevivientes de Greeley se marcharon lejos sin pensarlo. Suerte o ayuda divina, no iban a contar con eso dos veces. Otros llevados por la locura, incapaces de entender lo que habían vivido, se

quitaron la vida. Hamson, Kirby, media docena de alguaciles, los Sullivan y un hombre que tenían por huésped, fueron los únicos que tuvieron el valor para quedarse. David Williams, doctor en parasitología, se destacaba en el campo de los fenómenos sobrenaturales y, secretamente, era un estudioso del Sanctus Regnum. Por eso sabía quién era Nergal y cómo destruirlo, pero tan sólo ignoraba una cosa: Ezra había vuelto. Creyendo que tenían todas las de ganar, emprendieron el camino hacia Old Green. El doctor Williams aseguraba que para destruir a Nergal, se le debía clavar una daga en forma de cruz bendecida con agua justo en el centro del pecho. Hamson encontró el santo objeto en la parroquia. Era un crucifijo negro de madera que el doctor Williams aguzó. La luna no los ayudaba mucho, todo estaba muy oscuro y con cada paso la niebla era cada vez más espesa en el interior del bosque. Protegido por el manto blanco, Ezra los persiguió sigilosamente y degolló al doctor Williams desangrándolo como un cerdo de matadero. Fue después cuando las criaturas maniacas, hambrientas, desmandadas, saltaron de las ramas de los sauces llorones para devorar a los soldados. Hamson y Kirby gastaron desesperada e inútilmente las balas de sus pistolas tratando de proteger a los Sullivan, pero cuando la nube de pólvora se disipó, vieron que todos habían sucumbido a las fauces de las bestias. Así fue cómo la ira certera de Nergal y el silencio de la muerte alcanzaron a los últimos habitantes de Greeley.

Y allí, la maldición reinó por mucho tiempo.

Veintinueve años después.

Lo único que moraba en el pueblo eran los recuerdos. El viento iba y venía dirigido por un metrónomo invisible, los insectos interpretaban sinfonías de ruido en las noches y la pasmada lluvia hacía presencia eventualmente, en un intento de purificar el mal que allí habitaba. Un grupo de quince excursionistas que viajaban por la región descubrió los vestigios del pueblo fantasma. Greeley era un pueblo pequeño, alejado de las grandes ciudades y muy retirado de carreteras principales. Clavado en medio de la Sierra, rodeado por el vasto y antiguo Old Green, era un escondite perfecto para los que querían huir de algo y un buen custodio de secretos inefables. Recorrieron las calles con escombros regados por todos lados. La melancolía los invadió y, como esas cosas en la vida que no se planean pero que se están destinadas a hacer, decidie-